



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

Consecuencias de la separación de los padres y clima familiar en la salud de sus hijos

Autor: Cristina Mateo Gracia

Tutor Profesional: Vanesa Lara López Agrelo

Tutor Metodológico: Mónica Terrazo Felipe

Madrid

Mayo, 2019

Cristina
Mateo
Gracia

**CONSECUENCIAS DE LA SEPARACIÓN DE LOS PADRES Y CLIMA
FAMILIAR EN LA SALUD DE SUS HIJOS**



RESUMEN

El objetivo del presente estudio fue conocer las consecuencias de la separación de los padres en la salud de los hijos. Para ello se evaluó tanto el clima familiar percibido como el nivel de salud general, física y mental. La muestra estuvo formada por 116 participantes (81 mujeres y 35 hombres) de entre 23 y 30 años, los cuales fueron subdivididos en dos grupos: hijos de padres divorciados e hijos de familias intactas. A ambos se les aplicó los siguientes instrumentos: Cuestionario Sociodemográfico, Cuestionario de Salud (SF-36) y Escala de Clima Familiar (FES). Para analizar las relaciones y las diferencias entre grupos se realizaron las pruebas estadísticas U de Mann-Whitney, Kruskal Wallis, correlación de Spearman y Chi cuadrado. Los resultados obtenidos no mostraron que hubiese diferencias significativas entre los hijos de padres divorciados respecto a los que procedían de familias intactas en el nivel de salud. En cambio, los resultados han concluido que a mayor percepción de conflicto familiar por parte de los hijos, tanto de familias intactas como de padres separados, peores niveles en la salud éstos presentaban. Por último, respecto al clima familiar medido con el cuestionario FES sólo se señalan diferencias respecto a las subescalas de expresividad (EX) y acción (AC).

Palabras clave: *separación, consecuencias, clima familiar, conflicto, salud general*

ABSTRACT

The goal of the following study is to understand the consequences a separation of parents can have on their children. To do this, the families mood and overall mental and physical atmosphere was evaluated. The sample was composed by 116 participants (of these 81 were women and 35 men) aged in between 23 and 30 who were applied the following instruments: Social-demographic survey, health survey (SF-36) and family mood scale (FES). To analyze these relations and differences between groups, the statistical tests U de Mann-Whitney, Kruskal Wallis, Spearman correlation and Chi squared were performed. The results obtained did not show any significant relationship between the offspring's of divorced parents and those children who had an impeccable health status. In the other hand, the results have proven that the higher the perception of disputes within families, for those with married parents as with those with separated ones, the health status perception was lowered. Lastly, in regards to the family climate measured in the FES survey, only differences between the subscales of expression (EX) and action (AC) where noticed.

Keywords: *separation, consequences, family climate, general health*

INTRODUCCIÓN

Siempre se ha considerado a la familia como uno de los núcleos más importantes dado su papel en la educación, en los afectos y en el apoyo económico que aporta a los hijos. En los últimos años, el divorcio (en caso de relaciones legales) y/o separación (en caso de relaciones consensuadas) ha sido un hecho que está afectando a las familias de nuestra sociedad. La separación de las parejas no es sólo física y judicial, sino que está acompañada por un proceso emocional y psicológico que puede perjudicar a todos los miembros de la familia, en especial en los hijos (Núñez, Pérez y Castro, 2017).

El divorcio/separación, supone el fin de la convivencia de ambos padres con sus hijos, siendo un hecho cada vez más frecuente en nuestra sociedad actual, siendo España uno de los países europeos con mayor porcentaje de divorcios, el quinto a nivel europeo según ha publicado el Consejo General del Poder Judicial (CGPJ, 2017). Estas cifras alarmantes sitúan al divorcio como una complicación social de gran relevancia en la actualidad. En el año 2016 (INE, 2017) fueron contabilizados un total de 101.294 casos de nulidad, separación y divorcio (2,2/1.000 habitantes), de los cuales no tenían hijos un 43,0%. Del resto, un 47,2% tenía hijos menores de edad, un 4,6% mayores de edad con dependencia económica y un 5,2% mayores y menores de edad dependientes, y por último, un 26,3% sólo un hijo dependiente. Por lo tanto, la mitad de estos divorcios se trata de padres con hijos lo que hace más complicado todo este proceso.

Independientemente del plano legal (separación o divorcio) de aquí en adelante se va a utilizar el término de separación para que estas palabras no resulten repetitivas en su lectura.

La separación, por su alta prevalencia y por ser vivenciada como un evento vital estresante por todos los miembros de la familia, fundamentalmente para los hijos, va a tener consecuencias psicofísicas que constituyen un motivo de consulta frecuente para todos los profesionales de la salud. En relación a estas consecuencias he planteado mi estudio de fin de máster.

Este trabajo pretende evaluar las diferencias a nivel de salud mental y físico, y el clima familiar que presentan los hijos de familias separadas y los de familias intactas. Esperando encontrar peores índices de salud y de clima familiar en los hijos procedentes de familias separadas con respecto a los de las intactas, como se defiende hasta ahora en la mayoría de las investigaciones publicadas a este respecto.

La literatura científica ha concluido que realmente la separación favorece la aparición de problemas de la salud tanto mentales como físicos en cualquier miembro de la familia (Martinón,

Fariña, Corrás, Seijo, Souto y Novo, 2017) dando mucha importancia al funcionamiento de la estructura familiar para predecirlos. Esto ha llevado a que muchos investigadores centren sus estudios en las consecuencias que conlleva la separación, tanto en el ámbito judicial (ya que se asocia a violencia doméstica), como en el bienestar, la educación y la salud clínica de los miembros de estas familias, sobre todo de los hijos implicados (Arce, Fariña y Vilariño, 2015). Las distintas investigaciones nos ofrecen datos que cuantifican las consecuencias adversas que pueden darse tanto: en la implicación económica (aumento de la probabilidad de caída bajo el umbral de pobreza del 33,9%), en el incremento de la exposición a la violencia de género del 43,2%, en un mayor desajuste psicológico (síntomatología clínica entre el 20 y el 35,5%) y claro empeoramiento en las habilidades cognitivas, sociales y académicas (pérdida entre el 16 y el 35 %) (Seijo, Fariña, Corrás, Novo y Arce, 2016).

La familia como organismo se ha ido transformando desde hace siglos, pero es a partir del S.XX donde se aprecian más cambios de manera más clara y profunda: nueva concepción del papel de la mujer, ya con un rol profesional, además de ocuparse de las actividades familiares y conyugales, igualdad de derechos en ambos géneros, aumento de la diferencia de edad entre las generaciones de una misma familia e introducción de nuevas legislaciones y reformas legales en los países democráticos (ley del divorcio, uniones de hecho, matrimonio homosexual, entre otros.) entre otros muchos (Valdivia, 2008).

En la sociedad española actual el modelo más común encontrado en la mayor parte de los casos es la familia nuclear conyugal donde conviven padre, madre e hijos, aunque cada vez hay más modelos nuevos donde conviven dos o más personas que pueden o no estar emparentadas (hogares sin núcleo), familias con uno o dos hijos como máximo (familia nuclear reducida), familias donde uno o los dos miembros de la pareja aportan hijos de matrimonios anteriores (familias reconstituidas), familias con padres homosexuales con hijos y familias con un solo padre/madre y uno o varios hijos (familias monoparentales) (Valdivia, 2008).

Este trabajo se centra en estudiar las repercusiones a nivel de salud de los nuevos modelos de familia más comunes que surgen tras la separación, familias compuestas por un solo padre/madre y las familias reconstituidas (Rodríguez y Moreno, 2008).

La separación como crisis familiar

La familia es el principal grupo de apoyo y de sostén para todos sus miembros, desde el “apego” que se desarrolla desde el nacimiento, y terminando con todos los recursos que la familia facilita a los hijos en su adaptación social. La familia aporta numerosas funciones a sus hijos como son:

a) garantizar la supervivencia, el crecimiento y la sociabilidad de sus miembros, b) establecer un ambiente de apoyo y afecto básico para su desarrollo psicológico adecuado, c) estimular y dar la seguridad a sus hijos para que se relacionen competentemente con el entorno, respondiendo a las demandas que tendrán que hacer frente para su adaptación a la sociedad y, d) educar y elegir el tipo de enseñanza que consideren mejor para sus hijos, representando la familia un factor determinante para mantener la salud de sus miembros (Louro, 2003). Todas las funciones anteriores pueden verse afectadas por el acontecimiento de la separación.

La separación entendida desde un punto de vista sistémico es un acontecimiento estresante al que tiene que hacer frente la familia al completo. Para entenderlo mejor, la familia desde este enfoque es un sistema abierto donde sus miembros se relacionan y cumplen funciones y roles que variarán de acuerdo a las necesidades de cada uno de ellos. La familia en este sentido, evolucionará durante su ciclo vital atravesando distintas crisis, unas de ellas serán vitales del desarrollo o normativas y otras, serán crisis no normativas. Las normativas son las que son esperables y forman parte del ciclo de vida familiar como son: nacimiento, pubertad, adolescencia, emancipación de los hijos, nido vacío y vejez. Por otro lado, las no normativas, son inesperadas y suponen una amenaza para la supervivencia familiar a las que tendrán que ajustarse y adaptarse. Dentro de estas últimas se incluyen: separaciones, muertes prematuras, embarazos indeseados en la adolescencia, enfermedades graves y jubilaciones antes de tiempo (Capano y Pacheco, 2014).

Por lo tanto, la separación es un acontecimiento que aumenta el estrés familiar. Este tipo de estrés es entendido como un estado debido a un desequilibrio entre la apreciación de las demandas y la capacidad percibida para hacerles frente (Hill, 1986). La separación de los progenitores constituye un auténtico desafío para todo el sistema familiar, ya que todos deberán hacer modificaciones y adaptaciones para restablecer el funcionamiento del individuo y de la familia, sin interferir en el ciclo vital familiar. Para que esto no ocurra son muchas las tareas que se deben hacer frente tanto padres como hijos (Petit, 1986). Por un lado, los padres tendrán que enfrentarse a un cambio emocional considerable adaptándose a una nueva situación económica y social. Por otro lado, los hijos tendrán que modificar la relación con sus padres y enfrentarse a distintos miedos e inseguridades. Debido a esto, es un proceso donde se puede generar mucha vergüenza, angustia, rabia y sensación de fracaso en la pareja y en los hijos (Espinar, 2009).

El ajuste y adaptación a esta crisis es importante, ya que de lo contrario, si no se consigue manejar adecuadamente, puede llegar a ser un hecho traumático, de ahí que se aconseje la ayuda de profesionales (psicólogos, educadores, etc.) para afrontarla con el menor número de consecuencias negativas para todos los miembros de la familia (Capano y Pacheco, 2014).

En la mitad de los casos esta etapa no normativa tiene lugar en padres con hijos menores, algo que complica el proceso a los cónyuges pues uno de los temas que más dificulta la toma de decisión de separación de los padres es su preocupación por las posibles consecuencias que esto puede tener sobre sus hijos. Esto no parece extraño pues actualmente, hay una afirmación generalizada donde se dice que los hijos que han vivido la separación de sus padres son los niños más problemáticos y presentan mayores problemas de salud en su adultez respecto a los hijos de familias intactas (Coontz, 2006), y que los niños criados en un hogar donde existe armonía parental, ya estén separados o no, tienen mejor salud física y mental (Anderson, 2014). Estas afirmaciones han sido estudiadas y siguen investigándose en nuestros días.

Consecuencias de la separación a corto y largo plazo

Los niveles altos de conflicto durante la separación se han relacionado, como se ha hecho referencia con anterioridad, con consecuencias físicas y mentales para los hijos. En este sentido, son muchas las investigaciones que se han ido realizando desde los años 70 acerca de las consecuencias a nivel psicológico que la separación tiene sobre los hijos, encontrando cada uno de ellos distintas variables que aumentan la probabilidad de que la separación las desencadene. Se han ido mencionando algunas variables como: la existencia de enfrentamientos o tensión entre los padres, la disminución de las funciones parentales, el sexo de los hijos pues se encontraron mayores complicaciones de superar la crisis en los chicos que en las chicas, y la ausencia de alguna de las figuras parentales que es una de las variables que más inciden en las consecuencias psicológicas, pues se ha encontrado asociada con un peor rendimiento académico y laboral en la adultez y también, con embarazos precoces en el caso de mujeres (Buchanan, Maccoby y Dornbuch, 1992; Hetherington, Bridges y Insabella, 1998; McLanahan, Sandefur, Amato y Gilbert, 1999; Seijo, Novo, Carracedo y Fariña, 2010; Wallersten et al., 1980).

Posteriormente, en la década de los 90, se siguieron estudiando estas repercusiones, entre los estudios más interesantes se encuentran las revisiones sobre las diversas investigaciones que se realizaron durante dicha década, en las que se concluye que tanto los niños como los adultos de familias separadas tienen peores habilidades sociales y mayores conflictos matrimoniales futuros, aunque otras encuentran que estas dificultades ya estaban antes de la separación. En el mismo sentido otros autores, encontraron que los adultos que habían vivenciado la separación de sus padres durante la niñez, en su adultez presentaban dificultades psicológicas importantes. Estos desajustes psicológicos no los encontraron otros autores pero sí, unos mayores niveles de ansiedad, problemas en las relaciones con su otro sexo y dificultades en el desempeño de las funciones parentales (Amato, 2000; Amato, 2001; Cherlin, Chase-Lansdale y McRae, 1998; Cherlin, Kiernan y Chase-Lansdale, 1995).

A nivel psicoemocional los principales problemas que se han registrado en la literatura son de hijos menores que sufren baja autoestima y por tanto, poca seguridad en sí mismos, estado de ánimo depresivo, dificultades en la adaptación en todos los ámbitos (personal, familiar, escolar y social), mayor tendencia a padecer de trastornos de ansiedad generalizada y por separación. Por otro lado y en la que se centra el estudio, es en la evidencia que existe, hasta ahora, que apoyan que estas consecuencias emocionales son arrastradas hasta la adultez, encontrando mayores diferencias en las niñas que en los niños. En este sentido, también existe una revisión que se hizo sobre diferentes historias clínicas de pacientes que se encontraban en la etapa de la adolescencia en un hospital psiquiátrico donde se evidencia que coincidían que la mayoría de estos provenían de familias con padres separados. De hecho, después otras investigaciones concluían que estos hijos suelen presentar mayores trastornos de tipo emocional y conductual (trastornos de ansiedad y depresión, aislamiento, evitación, resentimiento, ira, culpabilidad, confusión y dificultades para el cambio) (Amorós, Sánchez y Carrillo, 2008; Amato y Keith, 1991; Bengoechea, 1992; Wauterickx, Gouwy y Bracke, 2006 ; Camara y Resnick, 1989; Cherlin, Chase-Lansdale y McRae, 1998; Demo y Acock, 1988; Hetherington, Bridges e Insabella, 1985; McLeod, 1991; Morla, Saad y Saad, 2006; Natsuaki y Conger, 2006; Schick, 2002; Wallerstein y Kelly, 1980).

Por lo tanto, hay muchas investigaciones que hablan de la vivencia de la separación como el causante de un futuro desarrollo de trastornos psicológicos y somatizaciones en los hijos que lo experimentan en sus familias.

Este trabajo se centra en las consecuencias a largo plazo de las familias separadas ya que hasta ahora, para muchos autores la separación como un suceso vital estresante que afecta de alguna forma a nivel psíquico y físico de los niños, encontrando que estos efectos pueden continuar hasta su edad adulta (Barkey, 2015). Al haberse encontrado muchas menos investigaciones que hablen sobre las consecuencias a largo plazo de la separación en los hijos, es por lo que en este trabajo se centrará en éstas. Además, en los pocos que hay se ha encontrado que en la vida adulta de los personas que vivieron la separación de sus padres en su infancia presentaron mayor riesgo de patologías psiquiátricas, afectando a su salud mental, y también problemas en las relaciones interpersonales, sobre todo si este ha supuesto un suceso traumático para el niño y no ha sido bien abordado (Roizblatt, Leiva, Valentina, Maida y Margarita, 2018).

Algunas investigaciones (Viqueira-Gutiérrez y López-Larrosa, 2017; López-Larrosa, 2009) demuestran que los problemas derivados de la separación aumentan o se mantienen hasta la edad adulta, por lo que consideran este acontecimiento como un factor de riesgo. Muchos resaltan que el conflicto en las familias es el detonante de las consecuencias negativas en los hijos, pudiéndose observar en sus investigaciones que estos cuando son adultos tienen más probabilidad de que sus

relaciones se rompan, entre otras. Al mismo tiempo, que observan que los diferentes efectos del conflicto familiar se reducen en cuanto los padres disminuyen el conflicto (Gager, Yabiku y Linver, 2016). El hecho de que se produzca la separación y que los hijos no estén tan expuestos a los conflictos de los padres no garantiza la ausencia de estos, por ello no hay que olvidar que los conflictos si se mantienen en el tiempo ponen a prueba el bienestar psicológico de los hijos (Cummings y Davies, 2010).

Por lo tanto, los resultados de todas estas investigaciones exponen que hay muchos factores que afectan en el impacto psicológico que puede tener la separación en los hijos, aunque este se vivirá de forma muy distinta para cada niño. De este modo, se ha encontrado que hay distintas variables que juegan un papel mucho más decisivo en el proceso de adaptación de los hijos ante la separación de sus padres, más allá de la separación en sí misma, así como; la etapa evolutiva en la que se encuentren los hijos en el momento de la separación, el nivel de conflicto interparental, el tipo de relación de los padres con sus hijos, nuevas parejas de los progenitores, el sexo de los hijos, el nivel económico de los padres después de la separación, sus estrategias de afrontamiento y el cómo a raíz de ese momento les cambia o no la vida a estos niños (cambio de colegio, ciudad, casa, entre otros) (Bucheli y Vigorito, 2015; Shaw, 1991).

Las consecuencias se pueden clasificar en función de su gravedad (leves/moderadas/graves) o del tiempo que impacten sobre los hijos (transitorias/permanentes). Que tengan un tipo de clasificación u otra depende principalmente de:

-El *grado de conflicto previo*, ya que la separación es un proceso que se inicia mucho antes que su legalización. El matrimonio tiene problemas mucho antes y las disputas entre los padres representan muchas veces una forma de desplazamiento de los propios conflictos representados por los reproches y acusaciones mutuas. Muchos de estas discusiones suelen darse por no haber unos criterios comunes de cómo educar a sus hijos, lo que hace que los niños se sientan responsables de la separación de sus padres. Por esto, más que la separación muchos autores están de acuerdo en que una situación conflictiva es más patógena que la separación en sí misma (Ramírez, 2004).

-De la *coparentalidad* (que los progenitores críen de forma conjunta a sus hijos) Aunque tras la separación se rompa el vínculo conyugal, siempre se conservará el vínculo parental. Esto hace que la familia se transforme de la familia nuclear original a una familia binuclear, es decir constituida por dos núcleos representados como “la casa de papa” y “la casa de mamá”. Esta última configuración familiar, para ser funcional, necesita del ejercicio conjunto de la parentalidad, es decir, deben cumplir ambos las funciones de crianza (Ramírez, 2004).

Las separaciones que no cumplen con la coparentalidad son conocidos como *divorcios destructivos* y tienen efectos negativos en los hijos. Se ha encontrado tienen un peor rendimiento académico, mayores problemas a la hora de socializarse, desarrollan trastornos psicológicos como la depresión, los trastornos de ansiedad, los miedos y preocupaciones aumentan, trastornos de conducta alimenticia, entre otros. (García-Pérez, 2018). Existiendo diferencias entre un divorcio colaborativo versus destructivo (Véase Tabla 1).

Tabla 1.

Diferencias entre la separación colaborativa y destructiva.

Separación colaborativa	Separación destructiva
Pareja parental	Pareja post-conyugal
Prima el cuidado y protección de los hijos sobre el conflicto conyugal	Prima el conflicto de pareja sobre el cuidado de los hijos
Peleas solo en la primera fase	Peleas permanentes
Dolor por las pérdidas	Proceso de duelo estancado, rabia y necesidad de denigrar
Intermediarios no litigantes (familiares, amigos) o ausencia de intermediarios	Intermediarios litigantes, contexto judicial
Límites claros	Límites difusos
Reconocimiento de la propia responsabilidad. Conciencia de corresponsabilidad	Falta de responsabilidad. Búsqueda de culpables y cómplices
Existe el deseo de llegar a acuerdos en función de las necesidades de los hijos	No tienen intenciones de llegar a ningún tipo de acuerdo

Nota. Recuperado de “El hijo de padres separados o divorciados”, García-Pérez, J. (2018). Pediatría Integral 2018, 22 (4):165-172.

-De las repercusiones del empeoramiento del *nivel económico* y por consiguiente del *estilo de vida familiar*. Tras la separación los gastos ya no son compartidos y suelen haber nuevos gastos que afectan a la familia y generan mucho estrés en los padres (Andrés, 2004).

Aunque la edad que tenga el hijo cuando se separan sus padres no predice una mejor o peor adaptación a la separación sí es verdad que afecta de manera distinta encontrando así diferencias evolutivas. De esta manera, se ha visto que los niños preescolares (3-5 años) suelen presentar mucha ansiedad al abandono y conductas de autoinculpación. En cambio a partir de seis años experimentan mucho miedo, tristeza, ira hacia sus padres y una gran sensación de pérdida, pudiendo aparecer actitudes adultas encargándose del cuidado de sus hermanos menores, llantos

descontrolados debidos al temor por la separación de uno de sus padres, dependencia al progenitor custodio, problemas de sueño o dificultad en el control de esfínteres como conducta regresiva. Toda esta sintomatología se puede corresponder con la del estrés postraumático. Por último, para los adolescentes, pueden tener a corto plazo dificultad para concentrarse, experimentar sentimiento de tristeza, enfado, vacío o pérdida que les puede llevar a conductas delictivas, de drogadicción, inicio precoz de las relaciones sexuales y bajo rendimiento escolar, otros pueden sentir en este proceso que son autosuficientes y no necesitan el apoyo de sus padres alejándose del entorno familiar, aislándose (Pérez, 2018).

La separación parece que tiene peores consecuencias en los hijos que vivieron esta después de su etapa preescolar debido a que tienen mayor conciencia de lo que supone este hecho. Cuando se vive a edades más tempranas suelen ser aún inmaduros y recuerdan muy poco de los conflictos familiares y del proceso de la separación (Pérez, 2018). De ahí que uno de los criterios de inclusión sea que la separación ocurriese siendo ellos mayores de 6 años.

En la mayoría de investigaciones sobre este tema han demostrado que los efectos negativos que se producen por la separación son sobre todo a corto plazo, existiendo más controversia respecto a las consecuencias a largo plazo, tales como, obtener menos ingresos, nuevos hijos de nuevos matrimonios, divorciarse en el futuro y a ser padres de familia solteros. Por ello, en este trabajo se elige a la población adulta para ver si realmente estas consecuencias permanecen en el tiempo, ya que hay autores que defienden las consecuencias negativas podrían mantenerse incluso cuando tienen edades comprendidas entre 20 a 40 años. En concreto, en esta franja de edad o “adultez temprana”, los factores que más influyen en estas consecuencias son: mayor exposición al conflicto, peores condiciones económicas y ausencia de uno de los padres, siendo este último con el que más evidencias se han encontrado, de ahí que el cuestionario de esta investigación mida la variable de clima familiar (Amato y Keith, 1991).

El tipo de guarda y custodia

Actualmente, se está debatiendo mucho acerca de los beneficios o no del tipo de custodia ya que es otro factor que afectará al desarrollo de los hijos pudiendo encontrarse dos tipos: una custodia exclusiva o compartida legal. En la última, la compartida sería para los dos progenitores, asegurando que el contacto con ellos sea de forma similar en cuanto a tiempo e implicación y siendo fundamental la protección del menor junto con la atención a los derechos de desarrollo de este, además deberán tenerse en cuenta los intereses del niño tanto en la actualidad como en el futuro adulto. En cambio, la exclusiva sería sólo para uno de los progenitores, teniendo el otro que contribuir con una pensión alimenticia y con un régimen de visitas marcado (Catalán, 2011).

Aunque sigue siendo menor el número de custodias compartidas respecto a las custodias exclusivas, cada vez están teniendo más fuerza las compartidas, ya que siempre y cuando haya consenso existe menos nivel conflictivo entre los padres lo que suele tener consecuencias más beneficiosas a largo plazo para los hijos, aunque a veces, puede resultar más perjudicial que la exclusiva, si no se llega a un buen acuerdo entre los progenitores (Martínez, 2017).

Cuando los padres se separan estos pueden tener una relación basada en el conflicto y en el resentimiento mantenida aproximadamente dos años generalmente. Esto suele desencadenar que en muchas ocasiones los hijos se sientan en medio de ambos progenitores y hace que el hijo pueda tener más riesgo de triangularse para “resolver” de alguna forma los problemas de sus padres. Ante esto, los hijos se ven en una situación que les preocupa mucho pues no saben en qué lugar posicionarse y suelen vivir muchas manipulaciones de sus padres en la lucha de que se posicionen de su lado y no del otro progenitor. Estos juegos vienen muchas veces dados cuando se inicia el proceso de custodia de los padres y es identificado como una de las razones de más preocupación y malestar por parte de los hijos en el proceso de la separación (Martínez-Pampliega, Aguado, Corral, Cormezana, Merino e Iriarte, 2015).

Por tanto, el tipo de custodia es otro factor importante a tener en cuenta. De hecho, a nivel mental se ha visto que puede afectar a los hijos encontrando síndromes característicos como el de indefensión parental (SIP) y el de confusión filial (SCF) producidos por la manipulación del padre o madre que tiene la custodia en desventaja del que no la tiene. Otros trastornos que se asocian con la separación de la pareja son; síndromes de Alienación Parental, Progenitor Malicioso e Interferencia Severa y un trastorno tardío llamado el Síndrome de la Falsa Memoria (Vallejo, Sánchez-Barranco y Sánchez-Barranco, 2004).

Clima familiar

La familia es el factor más importante para el desarrollo social y emocional de los hijos. Es el encargado de transmitirles los valores, creencias, normas y conductas que harán que se adapten a su entorno de una manera más o menos adaptativa. El clima familiar o ambiente familiar percibido por los miembros, será donde se producirán todos estos aprendizajes. El clima será mejor o peor percibido en función de la calidad de la comunicación, nivel de conflicto, cohesión afectiva, libertad para la expresión de opiniones, de los afectos, entre otros. (Estévez, Musitu, Murgui y Moreno, 2008).

La relación marital influyen mucho en el comportamiento y desarrollo del niño, así cuando los padres tienen un hijo, tienen delante de ellos una vida en común a la que sacar adelante, de manera

que los distintos problemas evolutivos que se les planteen, según se resuelvan, tendrán repercusiones sobre la felicidad y bienestar familiar. Por eso, en la crisis de pareja o de cada miembro, las relaciones se pueden volver tensas y conflictivas o por el contrario salir fortalecidos de esta. Es por esto, por lo que en toda relación conyugal pueden existir factores de tensión y riesgo (conflictos, ausencia de libertad, exigencia excesiva, hijos parentalizados, entre otros.) y elementos de protección y de amortiguación (el afecto, apoyo mutuo, aceptación incondicional, autonomía de los miembros, etc.) (Castillo, 2004).

Lo que se ha visto que se deteriora mucho en situaciones de separación es la percepción de apoyo, cooperación y cohesión familiar, entendida como el grado en el que los padres se comprometen a cooperar y compartir el cuidado y la educación de sus hijos. (Fariña, Arce y Seijo, 20015). De hecho, se ha visto que los menores de padres separados tienen niveles inferiores de percepción emocional y apoyo percibido que los que viven en familias intactas. Muchos progenitores por el estrés del proceso de la separación llegan a priorizar sus necesidades a la de sus hijos o se comportan de manera agresiva con su ex pareja de manera que los menores quedan expuestos a violencia familiar, incrementando la probabilidad de que desarrollen problemas de conducta o emocionales (Brummert y Bussey, 2017; Cronin, Becher, McCann, McGuire y Powell, 2017).

Cada vez es mayor la fragilidad, inestabilidad e incertidumbre de la vida familiar. Diferentes encuestas mundiales han confirmado este hecho pues revelan que mayores conflictos parentales y peor clima familiar aumenta el desarrollo de problemas psicológicos. Un patrón coparental conflictivo está caracterizado por alto nivel de conflicto, expresión de afectos negativos y bajo percepción de apoyo parental y poco acuerdo. Este tipo de patrones parentales se ha relacionado con problemas de comportamiento durante la adolescencia (fracaso escolar, comportamientos desafiantes y consumo de sustancias). Por esto último, en este trabajo se utiliza el cuestionario FEES pues parece un factor con relación causal sobre la salud de los hijos (Lamela, Figueiredo, Bastos y Feinberg, 2016).

Por lo tanto, el clima familiar es actualmente el factor al que se está dando mayor importancia como causante real de las consecuencias a nivel de salud en los hijos de padres separados. La separación es un proceso que todos los miembros de la familia viven como estresante, pero este como otras crisis no normativas deberán ser afrontadas por la familia, ya que hay otras variables incontrolables (no sólo la separación) que deberán superar y que incluso será adaptativo que las afronten con éxito.

Diferentes investigaciones apoyan la existencia de una relación positiva entre la percepción de un buen clima familia y el ajuste integral del individuo a nivel conductual y emocional. En numerosas

ocasiones se ha relacionado el desarrollo de conductas disruptivas y antisociales en adolescentes con un clima familiar negativo, es decir, un clima conflictivo, con problemas de comunicación, con poca cohesión afectiva y poco apoyo parental percibido por los hijos. (Gómez, Martín y Ortega-Ruiz, 2017).

Por esto mismo, lo que se ha hecho en este trabajo es medir el clima familiar percibido por adultos jóvenes que vivieron la separación de sus padres durante la niñez, y la de adultos jóvenes que provienen de familias intactas para poder compararlas y ver si realmente encontramos diferencias estadísticamente significativas. Ambas poblaciones deberán proceder de familias con un nivel socioeconómico medio para que sean muestras lo más homogéneas posibles y, además la separación se tendría que haber producido durante su infancia, pues es donde mayor número de separaciones se han registrado, pero no se va a entrar a especificar la edad en concreto, puesto que no se ha encontrado que la edad de los hijos influya en la adaptación a la separación aunque sí que les afecta de manera diferente a los niños pequeños y a los adolescentes a corto plazo (Amato, 2000).

También, se ha visto que hay factores que si se tienen en cuenta pueden mejorar la adaptación a la separación, puede no llegar a tener consecuencias o disminuirlas mucho. Factores como: el reconocimiento y la aceptación de la ruptura, que el niño tome cierta distancia psicológica con los adultos, el duelo por la pérdida de relación total o parcial con alguno de sus padres, sobre todo en casos de custodia exclusiva, la elaboración de los sentimientos de rabia o resentimiento hacia los padres y del sentimiento de autoculpa, la aceptación de la nueva situación y aceptar que este suceso no pone en duda que sea una persona querible, merecedora de ser amada y querida (Testor, Pujol, Vidal y Alegret, 2009).

Al encontrar dichas diferencias, este trabajo puede servir para que los padres que quieran divorciarse no vivan la toma de decisión de la separación de forma tan estresante y tan culpabilizadora por pensar que tendrán consecuencias muy graves en toda la vida de sus hijos, pues le daríamos recursos para un mejor afrontamiento, ya que como se ha visto en diferentes estudios los hijos también pueden enfrentarse al divorcio de forma adaptativa, normal, sin desarrollar ninguna patología al respecto, dependerá el ambiente familiar previo o cómo se lleve a cabo el proceso de separación (Wallerstein y Blakeslee, 1995).

Pese a que la separación sea considerada un acontecimiento estresante para la mayoría de los miembros de una familia, especialmente de los menores, también hay casos dónde la nueva situación familiar hace que mejore la calidad de vida de todos sus miembros y que sea una buena decisión. En este sentido, se espera que estos últimos casos no queden en el olvido para que no

exista la creencia generalizada y errónea que afirma que los hijos de padres divorciados siempre desarrollan alguna patología y tendrán problemas de adaptación al medio. Este es uno de los objetivos principales para la realización de este trabajo, ya que el bienestar psicológico, emocional y social de los hijos no puede explicarse exclusivamente por el tipo de estructura familiar a la que pertenecen.

Objetivos e Hipótesis

Objetivos generales:

- Estudiar las repercusiones de la separación en la salud de los hijos, en su edad adulta.
- Analizar las posibles diferencias en los niveles de salud de los hijos de padres divorciados frente a los hijos de familias intactas.

Objetivos específicos:

- *Objetivo 1:* Analizar si peores índices de salud se relacionan con un mal clima familiar.
- *Objetivo 2:* Examinar si los hijos que perciben un mayor nivel de conflicto en sus familias presentan peores índices de salud general y mental.
- *Objetivo 3:* Observar si la edad que tenían los hijos en el momento de la separación de sus padres afecta de manera diferente en la futura salud de estos.
- *Objetivo 4:* Cuantificar cuántos de los sujetos de padres divorciados han recibido tratamiento psicológico y cuál ha sido la repercusión de este tratamiento sobre su salud mental.
- *Objetivo 5:* Analizar si influye o no el sexo de los hijos en cómo afecta a estos la separación de sus padres.
- *Objetivo 6:* Identificar si existe una relación estadísticamente significativa entre la salud general y las diferentes dimensiones que componen el clima familiar.

Hipótesis

- *Hipótesis 1:* Existen diferencias estadísticamente significativas en los niveles de salud de los hijos de padres separados respecto a los hijos de familias intactas, encontrando mejores índices en estos últimos.

- *Hipótesis 2:* Existen diferencias estadísticamente significativas en el clima familiar percibido por los hijos de padres separados respecto a los hijos de familias intactas, encontrando que los hijos de los padres separados perciben un peor clima familiar.
- *Hipótesis 3:* Existen diferencias significativas en el nivel de salud en función de la etapa del ciclo vital en el que se encontrasen los hijos cuando sus padres se separaron. Se espera encontrar peores índices de salud en los hijos que eran adolescentes respecto a los hijos que eran preescolares o preadolescentes cuando sus padres se separaron.
- *Hipótesis 4:* Los hijos que perciben un mayor nivel de conflicto familiar presentan peores índices de salud frente a los que perciben menor conflicto.
- *Hipótesis 5:* En relación con el sexo, los hijos de padres separados tienen un peor nivel de salud en comparación con las hijas.

MÉTODO

Participantes

Los objetivos de la investigación tuvieron que ser aprobados por la jefatura de la Universidad Pontificia de Comillas. En este caso, no se necesitó la aprobación del Comité de Ética por la aplicación anónima de las pruebas y porque la muestra ha estado conformada por personas mayores de edad. Para la obtención de la muestra se llevó a cabo un muestreo no probabilístico de bola de nieve.

Para conseguir los objetivos de este trabajo se seleccionó una muestra de 116 jóvenes españoles con edades comprendidas entre 23 y 30 años con una edad media de 24,55 (DT=3,27), a los que se dividió en dos grupos: hijos de padres separados con una muestra total de 44 sujetos, de los cuales 12 son varones (27,7%) y 32 son mujeres (72,7%), con una edad media de 24,91(DT=3,59); y otro de hijos provenientes de familias intactas con una muestra total de 72 sujetos, de los cuales 23 son varones (31,9%) y 49 mujeres (68%), con una edad media de 24,33 (D.T=2,98) .

Respecto al tipo de convivencia que los participantes mantienen con sus padres, el 86,1% (N=65) de los hijos de familias intactas han indicado tener una convivencia con ambos padres y un 8,3% (N=7) sólo viven con la madre, mientras que los hijos con padres divorciados un 59,1% (N=26) sólo viven con la madre, 11,4% (N=6) viven con el padre, 27,3% (N=12) tienen la custodia compartida por lo que alternan conviviendo unos días con la madre y otros con el padre.

Respecto a la custodia compartida, en el 90,9% de los casos la madre fue quien recibió esta custodia y en el 6,18% de los casos fue el padre quien la recibió. De los 44 sujetos hijos de padres divorciados el 63,6% respondió que antes de que sus padres se divorciasen había altos conflictos casi a diario y el 70,5% consideró que las relaciones familiares mejoraron mucho tras la separación. De todos los hijos de padres divorciados, el 40,9%, de los hijos de padres separados nunca han recibido atención psicológica, el 34,1% han recibido atención psicológica por cuestiones diferentes a la separación y el 25% recibieron atención psicológica por la separación de sus padres. De los 26 hijos de padres divorciados que han recibido atención psicológica, el 34,1% consideran que les ha ayudado mucho recibir terapia, el 19,2% que les había ayudado un poco y el 6,8% indicaron que no les había ayudado nada.

Los criterios de inclusión fueron:

- Tener edades comprendidas entre 23 y 30 años.
- Tener un nivel socioeconómico medio-alto, para la homogeneidad de la muestra.
- Que la separación se hubiese producido cuando los participantes eran menores de edad y que no hayan formado su propia familia para evitar sesgos.

Instrumentos

Las herramientas de trabajo utilizadas han sido un Cuestionario Sociodemográfico diseñado específicamente para este trabajo y dos instrumentos psicométricos de evaluación.

- Cuestionario Sociodemográfico

Cuestionario de diseño propio en el que se recogían los siguientes datos: edad, nacionalidad, sexo, estado civil (soltero, con pareja, casado, separado, divorciado, viudo, viuda, pareja de hecho), nivel socioeconómico (bajo/medio/alto), nivel de estudios (hasta graduado escolar, hasta bachillerato, hasta carrera universitaria), atención psicológica (si/no), tipo de estructura familiar (padres separados/padres no separados) y tipo de convivencia durante la semana (con mi padre y mi madre en la misma casa, custodia compartida, sólo con mi madre, sólo con mi padre, con otros familiares).

Posteriormente, en el caso de indicar la opción de “padres separados” los participantes debían indicar cuál de los dos progenitores ejercía la custodia, hace cuántos años se produjo la separación y qué edad tenían ellos entonces. Además, en el caso de que indicasen que tenían hermanos se les pedía que indicaran el número de miembros que componen el subsistema fraternal (opciones: hijo

único, 2 hijos, 3-4 hijos; 5 hijos o más) y orden dentro de la fratría (señalando el lugar que ocupan en la familia en una escala de posiciones: 1ª posición; 2ª posición y hasta 6ª posición).

- *Cuestionario de Salud* (The Spanish version of the Short Form 36 Health Survey, SF-36) (Alonso, Prieto y Antó, 1995)

Se ha utilizado el Cuestionario de Salud *SF-36 Health Survey*, una versión adaptada al español por Alonso, Puerto y Antó (1995). Se trata de un cuestionario autoadministrado formado por 36 ítems distribuidos en ocho dimensiones o escalas de salud percibida: limitaciones para realizar actividades físicas debido a problemas de salud (FF; Función física); limitaciones para realizar actividades cotidianas debido a problemas de salud físicos (RF; Rol físico); dolores corporales (DC; Dolor corporal); estado de salud general (SG; Salud general); vitalidad (VT; vitalidad); limitación en la participación de actividades sociales debido a problemas de salud (FS; Función social); limitaciones para realizar actividades cotidianas debido a problemas emocionales (RE; Rol emocional); y salud mental general (SM; salud mental). También se pueden obtener dos componentes sumatorios: el componente de salud físico (CSF) y el componente de salud mental (CSM). Para cada dimensión, los ítems se codifican, se agregan y se transforman en un rango de puntuaciones entre 0 (peor estado de salud) hasta 100 (mejor estado de salud).

Todas las preguntas son de respuesta cerrada, con diferentes alternativas según el tipo de pregunta, con una escala de tipo dicotómica (Si / No) y de tipo Likert de cantidad y frecuencia.

El SF-36 como medida del estado de salud muestra una alta consistencia interna (con un alfa de Cronbach $> 0,7$) y es capaz de discriminar pacientes en estadios diferentes de tratamiento. A nivel de subescalas, la valoración psicométrica de los componentes de salud física (SCF) y mental (CSM) del SF-36 demostró una alta consistencia interna para los componentes de salud física y mental con un alfa de Cronbach de 0,86 para cada uno. Lo que significa que permiten capturar apropiadamente la situación de vida por la que están atravesando las personas.

Las consistencias internas calculadas en este trabajo, mediante el coeficiente de alfa de Cronbach, para todas las dimensiones fueron las siguientes: un 0,67 para la dimensión función física, un 0,80 para el rol físico, un 0,86 para dolor corporal, un 0,75 para salud general, un 0,89 para rol emocional y un 0,90 para salud mental, por lo que se puede observar que en todos los casos presentan una buena fiabilidad. Al igual que la consistencia interna para la escala total que es de 0,87.

- *Escala de Clima Familiar (Family Environmental Scale, FES) (Moos, Moos y Trickett, 1981)*

La Escala de Clima Familiar fue creada en el laboratorio de Ecología Social de la Universidad de Stanford (California) por Moos, Moos y Trickett (1981) y fue adaptada al castellano por Fernández Ballesteros y Sierra (1989). Esta escala se creó para analizar la percepción de variables contextuales de posible influencia en la conducta humana. Es la medida de auto-informe más comúnmente utilizada para evaluar el funcionamiento del clima familiar (Dashiff, 1994).

La escala consta de 90 ítems que siguen el formato dicotómico de respuesta (“verdadero” o “falso”) para cada ítem y miden la percepción que el sujeto tiene del ambiente familiar. Estos ítems se agrupan en diez subescalas que definen tres dimensiones fundamentales del clima familiar: las relaciones, el desarrollo personal y la estabilidad.

La dimensión de Relaciones evalúa el grado de comunicación y libre expresión dentro de la familia, así como el grado de interacción conflictiva que la caracteriza. Está integrada por tres subescalas: Cohesión (CO), grado en que los miembros de la familia se apoyan y ayudan recíprocamente; Expresividad (EX), grado en que se permite a los sujetos del núcleo familiar expresar libremente sus sentimientos; y Conflicto (CT), grado en que se expresan las situaciones de cólera, agresividad y conflicto entre los familiares. Esta última subescala será la que más se tendrá en cuenta en esta investigación.

La dimensión de Desarrollo personal evalúa la importancia que se concede a ciertos procesos que permiten el crecimiento personal de cada miembro de la familia. Comprende las subescalas de: Autonomía o independencia (AU), grado en que los miembros del sistema familiar llevan a cabo sus propias decisiones; Actuación o dirección hacia el logro (AC), grado de competitividad y necesidad de éxito en las actividades que los miembros de la familia desarrollan; Enfoque Intelectual-Cultural (IC), grado de interés por parte de los familiares en actividades culturales; Orientación Social-Recreativa (SR), grado de participación de los sujetos de la familia en actividades de tipo social y recreativo; y Ética-Religiosidad (MR) importancia que se atribuye a los aspectos éticos y religiosos.

La dimensión de Estabilidad incluye dos escalas de mantenimiento del sistema familiar, la Organización (OR), valor que se otorga a la organización de las actividades, y el Control (CN), grado en que el sistema familiar vive en base a normas preestablecidas, tanto negociadas como impuestas.

La consistencia interna para los factores de este cuestionario fue buena en todos los casos, siendo el menor de ellos 0,73. Por otro lado, cabe mencionar que, tal y como refleja el propio manual del cuestionario, se ha demostrado que este instrumento tiene una alta capacidad de discriminación entre familias funcionales y disfuncionales (Moos, 1990).

Procedimiento

Los instrumentos empleados se transformaron a formato electrónico utilizando la herramienta Google Forms para facilitar su difusión. Antes de los test se incluyó una hoja informativa en la que se explicaban las características de la investigación, se garantizaba el anonimato y la confidencialidad y se agradecía la participación en el estudio. Todas las preguntas se pasaron como un único cuestionario, contestando primero a las que tenían que ver con las variables sociodemográficas, después los ítems del cuestionario FES y por último los del SF-36. En completar todas estas preguntas se tardaba un total de 15/20 minutos. La recogida de todos estos datos se realizó durante los meses de Diciembre de 2018 y Enero de 2019.

Los participantes accedían a las pruebas psicométricas de forma online a través del enlace del cuestionario enviado a través de whatsapp, facebook, linkedin y correo, donde los sujetos de forma anónima completaban todas las preguntas que les solicitábamos. Las respuestas de los participantes se almacenaban automáticamente en una hoja de Excel para su posterior tratamiento y análisis.

Análisis estadístico

Para el análisis estadístico se ha utilizado el programa estadístico SPSS versión 20.

En primer lugar, se ha realizado un análisis descriptivo (frecuencias y porcentajes) sobre las diferentes variables sociodemográficas (sexo, edad, estructura familiar, atención psicológica, entre otras.). Antes de proceder a realizar el resto de los análisis, se comprobaron los supuestos de normalidad (con la prueba Kolmogorov-Smirnov) y el supuesto de homocedasticidad (con la prueba de Levene). El resultado de los test de normalidad resulto ser significativo ($p < 0,05$) en todos los casos, por lo que se han utilizado las pruebas no-paramétricas.

Se ha realizado la prueba U de Mann-Whitney para examinar las diferencias entre el grupo de hijos provenientes de familias intactas y el grupo de familia con ruptura, con el fin de comparar y establecer la diferencia entre las medianas de las muestras respecto al nivel de salud. También, se ha empleado la prueba de Kruskal Wallis con el fin de comparar las diferentes percepciones de

conflictos (bajo, medio y alto) respecto a la variable la salud general y a la salud mental de los hijos de padres separados, aplicando la corrección de Bonferroni para controlar la tasa de error.

Posteriormente, se ha llevado a cabo la prueba Chi cuadrado para estudiar la relación entre las variables cualitativas salud y clima familiar. También, se realizó la prueba de Correlación de Spearman para comprobar si la edad que tenían los hijos en el momento de la separación de sus padres se relaciona con las dimensiones referentes a la salud de estos.

Por último, se calculó el tamaño del efecto para aquellas diferencias significativas. El nivel de confianza empleado para todos los análisis fue del 95%.

RESULTADOS

En el siguiente estudio se tiene como objetivo general analizar si existen diferencias estadísticamente significativas entre los hijos con padres separados y los hijos de familias intactas en cuanto a las dimensiones relacionadas con el clima familiar y con la salud física y mental.

Objetivo 1: Analizar si peores índices de salud se relacionan con un mal clima familiar.

En cuanto a los resultados obtenidos en las dimensiones relacionadas con el clima familiar, existen diferencias estadísticamente significativas ($U=985,0$; $Z= -2,63$; $p=0,008$) entre los hijos con padres separados ($M=2,84$; $D.T=1,71$; Mediana=3) y los hijos de familias intactas ($M=3,60$; $D.T=2$, Mediana=3) respecto a la dimensión de moralidad y religiosidad. Respecto al tamaño del efecto hallado mediante el coeficiente de r de Rosenthal, se ha obtenido un tamaño igual a $0,20$, lo cual indica una baja diferencia entre ambos grupos.

En cuanto al resto de dimensiones (CO, EX, CT, AU, AC, IC, SR, OR, CN) no hallamos diferencias estadísticas entre ambos grupos.

Por último, por los resultados obtenidos en la dimensión salud general se puede concluir que no se han encontrado diferencias estadísticamente significativas entre los hijos con padres divorciados respecto a los hijos de familias intactas, en cuanto a las variables de salud general ($U=1403,5$; $z= -1,02$; $p=0,30$), salud mental ($U=1499,0$; $z= -0,48$; $p=0,62$) y salud física ($U=1581$; $z=-0,02$; $p=0,97$).

Objetivo 2: Examinar si los hijos que perciben un mayor nivel de conflicto en sus familias presentan peores índices de salud general y mental.

Se pretenden comparar las diferentes percepciones de conflictos (bajo, medio y alto) respecto a la salud general y mental de los hijos de padres separados. Para ello, se llevó a cabo un análisis no paramétrico de Kruskal Wallis, dado que el supuesto de normalidad para ambas variables no se cumplió ($p > 0,05$).

Según los resultados obtenidos, existen diferencias estadísticamente significativas entre al menos dos de las medianas de los diferentes tipos de conflicto (bajo, medio y alto) en cuanto a la salud mental ($X^2(2)=23,58$; $p=0,0001$), como en salud general ($X^2(2)=7,95$; $p=0,01$).

Para determinar entre que grupos existen diferencias significativas se realizó un análisis de U de Mann Whitney con la corrección de Bonferroni que, consiste en dividir el nivel de significación entre el número total de comparaciones (α / n° de comparaciones), con el fin de controlar la tasa de error (Pardo y San Martín, 1994).

Según los resultados obtenidos con la prueba U de Mann Whitney, se observa que existen diferencias significativas entre aquellos hijos que perciben bajo conflicto en el hogar y aquellos hijos que perciben un nivel medio de conflicto en cuanto a la salud mental ($U=741,5$; $z=-2,47$; $p=0,004$), así como en salud general ($U=484$; $z=-4,28$; $p=0,001$), obteniendo un tamaño del efecto igual a 0,56 (tamaño moderado) para la variable salud mental y un 0,32 para la variable salud general, siendo este último un tamaño del efecto bajo.

También, se han encontrado diferencias estadísticamente significativas entre los hijos que perciben bajo conflicto en el hogar y aquellos hijos que perciben un nivel alto de conflicto en ambas variables: salud mental ($U=150$; $z=-1,65$; $p=0,015$) obteniendo un tamaño del efecto igual a 0,67 y así mismo, se encuentran diferencias respecto a la salud general ($U=85$; $z=-2,77$; $p=0,01$), con un tamaño del efecto igual a 0,49, siendo ambos tamaños hallados moderados.

Siendo en todos los casos el grupo que tiene una baja percepción de conflicto, el que menor mediana ha obtenido en ambas variables (salud general y mental), que los grupos de media y alta percepción de conflicto. Lo que significa que a menor percepción de conflicto familiar por parte de los hijos mejor es su salud general y mental (véase en la Figura 1 y 2). En cuanto al grupo de medio y alta percepción no se hallaron diferencias significativas ($p > 0,05$).

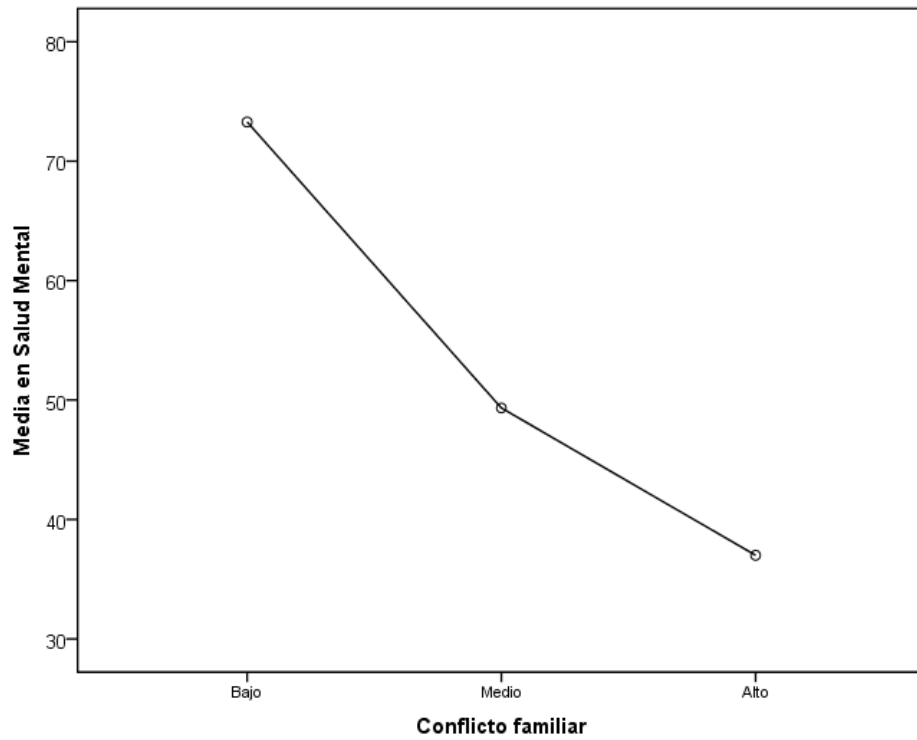


Figura 1. Relación por niveles entre la percepción conflicto familiar por parte de los hijos y la salud mental de estos.

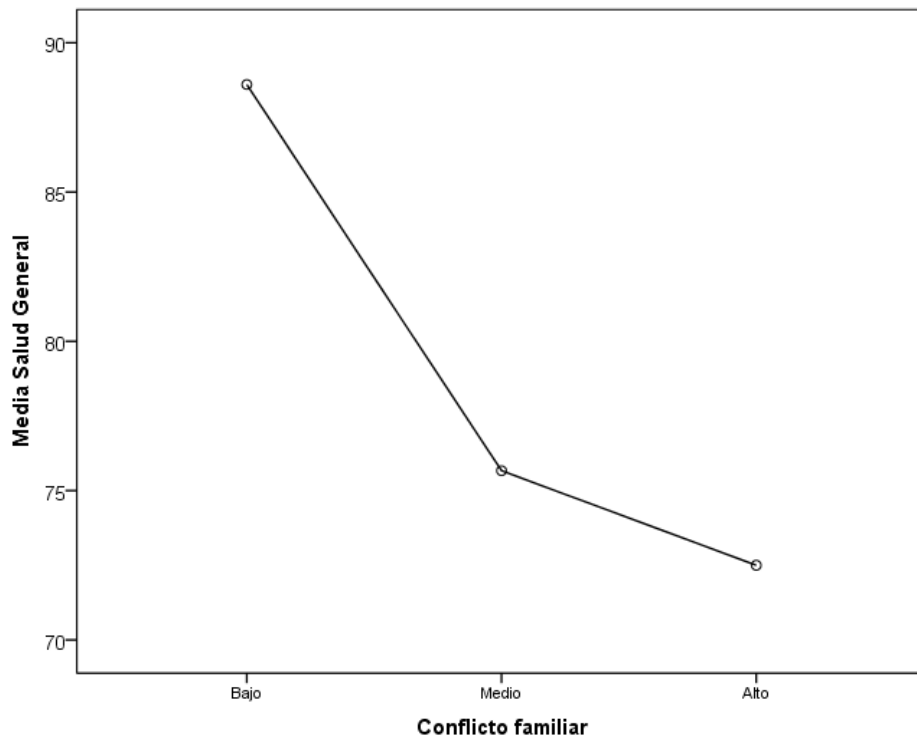


Figura 2. Relación por niveles entre la percepción conflicto familiar por parte de los hijos y la salud general de estos.

Objetivo 3: Observar si la edad que tenían los hijos en el momento de la separación de sus padres afecta de manera diferente en la futura salud de estos.

Para analizar este objetivo se llevaron a cabo distintos análisis de correlación de Spearman.

Según los resultados obtenidos (véase Tabla 2), no se ha encontrado ninguna relación estadísticamente significativa entre la edad que tenían los hijos en el momento de la separación de sus padres y las dimensiones referentes a la salud, ya que en todos los casos se hallaron valores no significativos ($p > 0,05$) y por tanto, no se encuentran diferencias.

Tabla 2.

Correlaciones entre la Edad de los Hijos en el Momento de la Separación y las dimensiones referentes a la salud.

	Salud General	Vitalidad	Función Social	Salud General	Rol Físico	Rol Emocional
Edad	-0,849	-0,177	-0,079	-0,126	-0,03	-0,098

Nota. La correlación es significativa en el nivel $<0,05$.*

Objetivo 4: Cuantificar cuántos de los sujetos de padres divorciados han recibido tratamiento psicológico y cuál ha sido la repercusión de este tratamiento sobre su salud mental.

Con el fin de identificar si existe una relación estadísticamente significativa entre la variable estructura familiar y haber recibido tratamiento psicológico, se ha realizado un análisis de Chi cuadrado.

Según los resultados, un 72,7% de hijos de familias intactas han indicado no haber ido nunca a terapia frente al 27,3% con padres separados. En cuanto a las personas que sí han recibido tratamiento psicológico, un 61,5% de hijos con padres separados han indicado haber ido frente al 30,5% de hijos de familias intactas. Los resultados de la prueba Chi Cuadrado indican que sí existe una relación significativa entre la variable estructura familiar y haber recibido tratamiento psicológico ($X^2(2)=21,18$; $p=0,001$).

En cuanto a los residuos corregidos estandarizados, la gran utilidad que presentan radica en que, puesto que se distribuye normalmente con media cero y desviación típica uno, $N(0,1)$, son fácilmente interpretables: utilizando un nivel de confianza de 0,95, se puede afirmar que los residuos mayores de 1,96 delatan casillas con más casos de los que debería haber en esa casilla si

las variables estudiadas fueran independientes; mientras que los residuos menores de -1,96 delatan casillas con menos casos de los que cabría esperar bajo la condición de independencia (Pardo y San Martín, 1994).

En este caso, se han obtenido valores superiores a 2 por lo que existen más sujetos de los que cabría esperar en la categoría de hijos de padres divorciados y el haber recibido tratamiento psicológico por la separación (res=4,5), y así mismo ocurre en la categoría de hijos de familias intactas y el no haber recibido nunca tratamiento psicológico (res=2,7). Por otro lado, en el grupo de hijos con padres divorciados y que han recibido terapia hay menos sujetos de los que cabría esperar ya que los valores obtenidos son menores a 2 (res= -2,7), así mismo en el grupo de hijos no divorciados y que no han recibido tratamiento hay menos sujetos de los que cabría esperar (res = -4,5).

Objetivo 5: Analizar si influye o no el sexo de los hijos en cómo afecta a estos la separación de sus padres.

Con el fin de observar si existen diferencias estadísticamente significativas según el sexo de los hijos de padres separados en el nivel de salud, se llevó a cabo un análisis no paramétrico de U de Mann Whitney. Este análisis se realizó sólo con los hijos de padres separados (N=44).

Según los resultados obtenidos, se comprueba que en este caso no existen diferencias estadísticamente significativas entre los hijos y las hijas de padres divorciados en el nivel de salud general (U= 172,0, z=-0,59; p=0,61) ni salud mental (U= 122,5; z=0,06; p=0,06) y física (U=189,0, z=0,90; p=0,94).

Objetivo 6: Identificar si existe una relación estadísticamente significativa entre la salud general y las diferentes dimensiones que componen el clima familiar.

Según los resultados obtenidos con la prueba de correlación de Spearman, se puede observar que en este caso existe una relación estadísticamente significativa entre la salud general y la expresividad ($r=0,25$; $r^2= 0,062$; $p=0,007$), siendo en este caso la relación positiva y baja, esto quiere decir que a mayor salud general, mejor es la expresión emocional de los hijos.

También, se ha encontrado que existe una relación significativa entre la salud general y actuación ($r= 0,18$; $r^2= 0,032$; $p=0,04$), siendo la relación positiva y baja, es decir, a mayor salud general, mayor es la dirección hacia el logro de los hijos.

En cuanto al resto de las dimensiones (CO, MO, RE, CT, AU, IC, SR, OR, CN) no se hallaron relaciones estadísticamente significativas.

DISCUSIÓN

El objetivo de este estudio ha sido analizar las posibles consecuencias que la separación puede acarrear en los hijos a nivel de salud mental y física. Para ello, se han comparado hijos provenientes de familias intactas frente a los hijos de padres separados para así observar si existen diferencias estadísticamente significativas entre ambos.

Los resultados obtenidos no han corroborado muchas de las hipótesis planteadas en un primer momento. Como por ejemplo, diferentes autores (Martínón, et al., 2017) habían concluido que la separación favorece la aparición de problemas de salud física, mental y psicológica en todos los miembros de la familia. También, en esta misma línea, otros autores investigaron en los años 90 sobre las consecuencias de la separación en los hijos y hallaron que los menores que habían vivenciado la separación de sus padres, en su adultez presentarían dificultades psicológicas importantes (Amato, 2000; Amato, 2001; Cherlin, et al., 1998; Cherlin, et al., 1995). Además, se había concluido que la separación se debe considerar como un factor de riesgo para que los hijos, cuando sean adultos, presenten problemas mentales (Viqueira-Gutiérrez y López-Larrosa, 2017; López-Larrosa, 2009).

En este estudio, en cambio, no se ha encontrado que haya mejores índices de *salud física* ni *mental* en los hijos provenientes de familias intactas frente a los hijos de padres separados. Por tanto no apoya lo anteriormente citado ni lo que Cootz (2006) exponía sobre que existe una generalización en nuestra sociedad, que afirmaba que los hijos de padres separados tienen mayores problemas de salud respecto a los hijos provenientes de familias intactas. Esto nos hace plantearnos que no sea la separación en sí la que produzca estas consecuencias en los hijos sino otras variables encontradas en distintos estudios. Estas variables como ya han apoyado diferentes autores son las realmente importantes y que predisponen a generar las futuras consecuencias en los hijos, tales como: el grado de conflicto familiar y la coparentalidad, entre otros (García, 2018; Andrés, 2014).

Por esto último planteado, resulta especialmente interesante la segunda hipótesis de este estudio, dónde los resultados han afirmado que a mayor *percepción de conflicto familiar* por parte de los hijos, tanto de familias intactas como de padres separados, peores niveles de salud general y mental presentaban.

En este sentido, estos resultados concuerdan con lo que Anderson (2014) concluía sobre que los hijos criados en un hogar donde existe armonía parental, ya estén separados o no, tienen mejor salud física y mental. Estas afirmaciones se siguen estudiando en la actualidad pues cada vez son más los estudios que investigan sobre otros tipos de variables distintos a la separación que pueden influir negativamente en los hijos. De hecho, muchos autores ponen el énfasis en la variable de conflicto familiar existente como el detonante de estas consecuencias, al igual que han observado que estas se reducen en cuanto los padres reducen el conflicto (Gager, Yabiku y Linver, 2016). Por todo esto, cada vez son más los autores que apoyan que una situación conflictiva es mucho más patógena que la separación en sí misma. Pero, ya en el pasado se mencionaba este factor, entre otros, como claves en el proceso de adaptación de los hijos a la separación de sus padres (Shaw, 1991).

Estos resultados plantean que el hecho de que los padres no se hayan divorciado no significa que no haya conflictos y por tanto consecuencias, y que incluso la separación para evitar o disminuir este nivel de conflicto sería mucho más fructífera o serviría de factor protector frente a dichas consecuencias negativas.

Por lo tanto, tiene sentido que al clima familiar se le esté dando tanta importancia en la actualidad y se le atribuya un papel como causante real de las consecuencias a nivel de salud de sus hijos. La existencia de un mal clima familiar percibido por los miembros de la familia, suele indicarnos una mala comunicación familiar, carencia de cohesión afectiva y de apoyo asociándose con conductas disruptivas y antisociales, posibles hijos parentalizados, sentimientos de soledad dentro de los miembros de la familia, entre otros (Aurelia, 2004).

En cambio, esta hipótesis no se corrobora con los resultados encontrados en este trabajo, al medir el clima familiar con el cuestionario FES y el nivel de salud general con el SF-36, se encontró que sólo existen relaciones significativas respecto a dos subescalas, expresividad (EX) y acción (AC). Este resultado ha sido contradictorio, pues en el ítem sobre la percepción del conflicto en el cuestionario sociodemográfico sí que se ha visto relacionado como se ha mencionado anteriormente.

En este estudio, se confiaba encontrar que un peor clima familiar estuviese relacionado con una peor salud mental y física en los hijos ya que diferentes estudios hablan de dicha relación, encontrando asociados diversos problemas físicos y mentales como: problemas gastrointestinales, trastornos de conducta alimentaria, depresión y trastornos de ansiedad (Gómez, et al., 2017).

En este sentido, se esperaba encontrar especial relación en las subescalas de *cohesión y conflicto*, ya que Gómez et al., (2017) constataron en sus investigaciones la existencia de una clara relación entre la calidad del clima familiar y la presentación de distintos indicadores de problemas emocionales en los hijos, como: ansiedad, depresión, estrés y sentimientos de soledad.

Como se ha comentado anteriormente, en las únicas dimensiones que se han encontrado relaciones significativas medidas mediante el FES son en la subescala de *expresividad* y en la de *acción o dirección hacia el logro*. Lo que significaría que cuanto mejor es la salud de los hijos, mejor expresión emocional tienen hacia sus padres y mayor tendencia a la acción, es decir, mayores conductas dirigidas hacia el logro. Lo que implicaría que son más competitivos y ambiciosos, lo que se asocia con una mejor autoestima y seguridad en sí mismos.

En lo que respecta a la subescala de *expresividad*, diferentes autores afirman que uno de los factores que se suponen importantes para considerar que existe un buen clima familiar es la buena comunicación dentro de la familia, lo que incluye que todos los miembros de la familia puedan expresarse con total libertad pudiendo hablar de emociones, preocupaciones, quejas o de diferentes opiniones. Un clima familiar positivo promueve el buen desarrollo de todos sus miembros, ya que fomenta la autonomía de los individuos (respeto por la intimidad y la independencia de cada uno) a la vez que el sentimiento de pertenencia, colaboración y apoyo, promoviendo la libertad de expresión y la estabilidad del sistema (Lima, Lima, Jiménez y Domínguez, 2012).

Que los hijos puedan expresarse emocionalmente quiere decir que hay una integridad familiar, lo que se refleja en la forma que los miembros se involucran en los eventos y celebraciones familiares, en cómo es su implicación para la resolución de los problemas, en la lealtad hacia su familia, en si comparten sus preocupaciones, sentimientos y adquieren compromisos, como concluyen García, et al. (2006) y Musitu (2000). Todo ello facilita que se dé un buen desarrollo físico y mental en los hijos ya que fomenta su autonomía para tomar sus propias decisiones, solucionar sus problemas, defender sus derechos así como cumplir con sus obligaciones además de generar sentimientos de pertenencia, seguridad y compromiso familiar, muy necesarios para que los hijos establezcan un apego seguro con sus progenitores.

Por otro lado, los resultados de este estudio también indican que no hay mejores o peores niveles de salud en función de la *etapa del ciclo vital* en el que se encontrasen los hijos cuando sus padres se separaron. Esto se planteó debido a que en algunas investigaciones se encontró que había peores índices de salud en los hijos que eran adolescentes cuando ocurrió la separación frente a los hijos que tenían edades más tempranas (Amato, 2000). Así mismo otros estudios señalan que

la edad del menor no predice en sí mismo una mejor o peor adaptación a la separación y por consiguiente, a tener consecuencias negativas, aunque sí que les afecta de manera diferente a los niños menores de 13 años y a los que están en el periodo de la adolescencia de distinta manera en un corto plazo (Pérez, 2018).

En lo que refiere al *sexo* de los hijos, los resultados tampoco indican que la separación de los padres afecta a la salud general, mental ni física de forma distinta a un sexo u otro. Esto no coincide con los resultados de algunas investigaciones dónde consideran que el sexo es una variable a tener en cuenta pues encuentran que los chicos varones presentan más dificultades para superar la crisis que las niñas (Bucheli y Vigorito, 2015; Shaw, 1991). En cambio, otros autores concuerdan con los hallazgos obtenidos en este trabajo (Espinari, 2019).

Respecto al *tratamiento psicológico* recibido, se ha observado que los hijos de padres separados han asistido a terapia mucho más que los hijos provenientes de familias intactas. Esto nos hace pensar que los hijos de padres divorciados necesitan más ayuda o piden más ayuda que los hijos de familias intactas. Esto último concuerda con lo que algunos autores concluían en sus investigaciones donde encontraban que estos hijos sufrían de mayor inseguridad, depresión, baja autoestima, inadaptación personal, familiar, escolar y social junto con mayores problemas de ansiedad en general y en particular, de ansiedad por separación (Amorós, et al., 2008; Amato y Keith, 1991). Esta sería una de las razones por la que se que se podría justificar que los hijos de padres divorciados acudan más al psicólogo pero sin embargo, en este trabajo no se han encontrado diferencias respecto a salud física y mental entre ambos grupos.

De todos los hijos de ambos grupos que habían recibido apoyo psicológico, un alto porcentaje opina que la terapia les ayudó “mucho” frente a un bajo porcentaje que opina que no les ha ayudado “nada”. Esto apoya lo que muchos autores han rebelado sobre la efectividad terapéutica y sobre lo aconsejable que es, en casos de separación, que haya un apoyo psicológico para facilitar el proceso y prevenir las consecuencias negativas. Por ejemplo, Capano y Pacheco (2014) en su investigación concluían que para mejorar el ajuste y la adaptación de las familias a esta crisis no normativa es aconsejable la ayuda de los profesionales para que de esta manera pudiesen afrontarla adecuadamente y con el menor número de consecuencias posibles.

Como *conclusión*, se confirma con este trabajo el objetivo por el que se hizo este estudio, puesto que ha evidenciado que no se han encontrado diferencias en los niveles de salud físicos ni mentales de los hijos de padres separados frente a los hijos de familias intactas. En este sentido, cabría esperar que la generalización existente en la actualidad sobre que los hijos de padres divorciados tienen mayores problemas de salud, cada vez, vaya perdiendo más fuerza. Autores

como Cootz (2006) mencionaban la existencia de esta generalización en la sociedad y se espera que las futuras líneas de estudio vayan encaminadas a apoyar que la estructura familiar no es un factor que determine el desarrollar una patología, sino que existen otras variables mucho más importantes, como es la existencia de conflictos familiares, como se concluye en este trabajo, que demuestra que la existencia de los mismos sí que es determinante para el bienestar y salud físico-mental de los hijos.

En este sentido, este trabajo apoyaría la toma de decisiones a madres y padres que no se separan por el miedo a las posibles consecuencias negativas que estas pudieran tener sobre sus hijos, ya que en muchas ocasiones se alarga el tiempo de tomar la decisión de la separación, soportando altos niveles de conflicto que realmente son mucho más perjudiciales que la separación en sí misma. Esto último también se puede aplicar a casos de violencia de género, en los que muchas madres soportan el maltrato por el miedo de las consecuencias negativas que podría tener la separación sobre sus hijos. En cambio, el hecho de que los hijos observen de manera prolongada en el tiempo cómo su padre ejerce violencia sobre su madre, eso sí que sólo puede acarrear consecuencias negativas como que esto sirva de modelo operante a sus hijos para sus futuras relaciones, que crezcan y se vuelvan violentos, desarrollen apegos inseguros o ambivalentes, entre otras.

Este estudio deja abiertas las puertas a posibles investigaciones más amplias y profundas que descubran variables importantes a tener en cuenta para la potenciación de un buen clima familiar.

En cuanto a las limitaciones de este trabajo, a nivel metodológico se puede decir que en primer lugar, el número de sujetos en el grupo de interés de familias separadas era bastante más reducido que el de familias intactas, debido a la dificultad de encontrar este tipo de sujetos en la sociedad general y a su escaso nivel de participación. Además, la muestra está compuesta por más mujeres que hombres, lo que aporta una falta de homogeneidad a la muestra. Todas estas limitaciones hacen que no se puedan generalizar los resultados de este estudio. En futuras investigaciones se debería contar con muestras más homogéneas y numerosas para obtener resultados más fiables y generalizables.

Respecto a las limitaciones *a nivel de objetivos e hipótesis*, muchos de nuestros objetivos no se han podido contrastar por no haber suficientes sujetos en cada subgrupo ya que la muestra total sí que tenía suficientes sujetos pero al segregarse no servía en todos los casos. Por ejemplo, en el caso de haber recibido o no tratamiento psicológico, se dividía en grupo 1 si nunca lo han recibido, grupo 2 si lo han recibido por cuestiones de la separación y 3 si lo han recibido pero por otras cuestiones, con lo que se reducían excesivamente cada subgrupo.

A nivel de aplicación de las pruebas, la difusión de los cuestionarios a través de las redes sociales se debe considerar una limitación al no poder controlar las variables extrañas y por esto verse contaminado el estudio. Por ejemplo, no poder resolver dudas sobre algún ítem y contestar algo que no represente lo que realmente buscaba. Tampoco se saben las condiciones en las que los participantes realizaron la encuesta como haber dormido poco, estar realizando la encuesta con otros distractores como la televisión u otras. Del mismo modo, en el caso del cuestionario FES no se han utilizado algunas de las subescalas medidas por lo que se podría haber reducido disminuyendo así la cantidad de ítems, ya que este cuestionario comprendía 90 ítems, lo que hace que pueda haber influido el factor fatiga sesgando los resultados.

Por último, como *futuras líneas de investigación* sería interesante estudiar si existe una relación significativa entre el tipo de divorcio (contencioso o de mutuo acuerdo) y la variable de salud. Ya que en los divorcios de tipo contencioso se ha visto que es frecuente que los hijos sufran conflicto de lealtades, donde el menor se siente culpable por sentir que está “fallando” al progenitor con el que no se queda. Este tipo de conflicto se relaciona con altos niveles de hostilidad y conflicto entre los padres. Esto apoyaría la conclusión más importante de este trabajo, de que no es la separación en sí lo que provoca las consecuencias negativas en los hijos, sino la exposición de los hijos a las malas relaciones y conflictos existentes entre los padres (Gómez-Ortiz, Martín y Ortega-Ruíz, 2017; Martínez-Pampliega, et al., 2015).

También, se debería realizar este mismo trabajo aplicado a otras culturas, ya que este estudio se ha llevado a cabo con una muestra española y en estudios como Leccardi (2001) encuentran que los españoles presentan menor puntuación en las dimensiones de autonomía y acción, por lo que sería interesante estudiar si esto se relaciona con el clima familiar.

Al haber encontrado que realmente es el clima familiar quien más repercute en las consecuencias negativas en los hijos, deberían orientarse más investigaciones que profundizaran sobre cómo ayudar a los padres a reducir los conflictos, promover un clima saludable y enfrentarse a la separación de la mejor manera posible. Para ello, el apoyo terapéutico que asesore a los padres sobre cómo facilitar la adaptación de los hijos a la ruptura marital de sus progenitores, junto con la psicoeducación en las escuelas, entre otras, se considerarían claves para la prevención de dichas consecuencias.

Por lo anteriormente expuesto, sería de esperar que este tipo de investigaciones ayuden a concienciar a los padres de que la armonía en las relaciones familiares es una de las variables más poderosas, a tener en cuenta, para fomentar una buena salud en todos miembros de la familia.

REFERENCIAS

- Alonso J., Prieto, L., y Antó J. M. (1995). La versión española del SF-36 Health Survey (Cuestionario de Salud SF-36): un instrumento para la medida de los resultados clínicos. *Med Clin (Barc)*, 104(20), 771-776.
- Amato, P. R., y Keith, B. (1991). Parental divorce and the well-being of children: a meta-analysis. *Psychological bulletin*, 110(1), 26.
- Amato, P.R. y DeBoer, D.D. (2001). The transmissions of marital stability across generations: Relationship skills or commitment to marriage, *Journal of Marriage and Family*, 63(19), 1038-1051.
- Amato, P.R. y Gilbreth, J.G. (1999). Non-resident fathers and childrens well being: A meta-analysis, *Journal of Marriage and the Family*, 53, 43-58.
- Amato, P.R., (2000). The consequences of divorce for adults and children, *Journal of Marriage and Family*, 62(18), pp. 1269-1287.
- Amorós, M. O., Sánchez, J. P. E., y Carrillo, X. M. (2008). Trastorno de ansiedad por separación en hijos de padres divorciados. *Psicothema*, 20(3), 383-389.
- Anderson, J. (2014). The impact of family structure on the health of children: Effects of divorce, 81(4), 378-87.
- Arce, R., Fariña, F., y Vilariño, M. (2015). Daño psicológico en casos de víctimas de violencia de género: estudio comparativo de las evaluaciones forenses. Psychological injury in intimate partner violence cases: A contrastive analysis of forensic measures. *Revista Iberoamericana de Psicología y Salud*, 6, 72-80. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.1016/j.rips.2015.04.002>
- Bengoechea, P. (1992). Un análisis exploratorio de los posibles efectos del divorcio en los hijos. *Psicothema*, 4(2), 491-511.
- Brummet, H.I. y Bussey, K. (2017). The mediating role of coping self-efficacy beliefs on the relationship between parental conflicto and child psychological adjustment. *Social Development*. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.1111/sode.12241>

Buchanan, C.M., Maccoby, E.E., y Dornbusch, S.M. (1992). Adolescent and their families after divorce: Three residential arrangements compared», *Journal of Research on Adolescence*, 2, 261-291.

Bucheli, M., y Vigorito, A. (2015). Después de la ruptura: efectos de la separación en los contactos entre padres e hijos y en el bienestar de las mujeres. Cambio familiar y bienestar de las mujeres y los niños en Montevideo y Área Metropolitana. *Una perspectiva longitudinal*, 43-63.

Camara, K. A., y Resnick, G. (1989). Styles of conflict resolution and cooperation between divorced parents: *Effects on child behavior and adjustment. American journal of Orthopsychiatry*, 59(4), 560-575.

Capano, A., y Pacheco, A. (2014). Estrés y violencia domestica: un estudio en adultos referentes de niños, niñas y adolescentes. *Ciencias Psicológicas*, 8(1), 31-42.

Castillo, M. A. R. (2004). Conflictos entre Padres y Desarrollo de los Hijos. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, (34).

Catalán Frías, M. J. (2011). La custodia compartida. *Revista Derecho y Criminología*, (1).

Coontz, S. (2006). The Origins of Modern Divorce. *Family Process*, 46 (1), 7-16.

Cronin, S., Becher, E.H., McCann, E., McGuire, J., y Powell, Sh. (2017). Relational conflicto and outcomes from an online divorce education program. *Evaluation and Prograe Planning*, 62, 49-55.

Cummings, E. M., & Davies P. T. (2010). Marital conflict and children. And emotional security perspective. Nueva York: Guildford Press.

Cherlin, A.J., Chase-Landsdale, P.L., y McRae, C (1998). Effects of parental divorce on mental health throughout the light course», *American Sociological Review*, 63, pp. 239-249.

Cherlin, A.J.; Kiernan, K.E., y Chase-Lansdale, P.L. (1995). Parental divorce in childhood and demographic outcomes in young adulthood, *Demography*, 32, 299-318.

Demo, D. H., & Acock, A. C. (1988). The impact of divorce on children. *Journal of Marriage and the Family*, 619-648.

Espinar, I. (2009). Las rupturas familiares en la salud mental de los y las adolescentes. *La salud*

mental de las personas jóvenes en España, 27-45.

Estévez, E., Murgui, S., Musitu, G., y Moreno, D. (2008). Clima familiar, clima escolar y satisfacción con la vida en adolescentes. *Revista mexicana de psicología, 25*(1).

Fariña, F., Arce, R., y Seijo, D. (2015). El conflicto familiar. Especial referencia a las consecuencias de la separación y divorcio. En F. Fariña y E. Pillado (Coords.), *Mediación familiar. Una nueva visión de la gestión y resolución de conflictos familiares desde la justicia terapéutica, 37-58*. Valencia: Tirant lo Blanch.

Fernández-Ballesteros, R. y Sierra, B. (1989). Escalas de clima social: Familia, trabajo, instituciones penitenciarias y centro escolar. Manual: Investigación y publicaciones psicológicas. Madrid: Tea Ediciones S.A.

Gager, C.T., Yabiku, S.T., y Linver, M.R. (2016). Conflict or Divorce? Does Parental Conflict and/or Divorce Increase the Likelihood of Adult Children's Cohabiting and Marital Dissolution?. *Marriage & Family Review, 52*(3), 243-261. Recuperado de <https://doi.org/10.1080/01494929.2015.1095267>

García M, Rivero S, Reyes I, Díaz R. Construcción de una escala de funcionamiento familiar. *Rev Iberoam Diagn Eval Psicol. 2006, 2* (22): 91-110. 12.

García-Pérez, J. (2018). El hijo de padres separados o divorciados. Universidad de Pediatría Social. Hospital Infantil Universitario Niño Jesús. *Pediatría Integral 2018, 22* (4):165-172.

Ge, X., Natsuaki, M. N., y Conger, R. D. (2006). Trajectories of depressive symptoms and stressful life events among male and female adolescents in divorced and nondivorced families. *Development and psychopathology, 18*(1), 253-273.

Gómez-Ortiz, O., Martín, L., & Ortega-Ruiz, R. (2017). Conflictividad parental, divorcio y ansiedad infantil. *Pensamiento psicológico, 15*(2), 67-78.

Hetherington, E.M., Bridges, M., e Insabella, G.M. (1998). What matters? What's does no? Five perspectives on the association between marital transition and children adjustment. *American Psychologist, 53*, 167-184.

Hetherington, E.M., y Kelly, J. (2002). For better or for worse: Divorce reconsidered, New York, Norton, 22.

Lamela, D., Figueiredo, B., Bastos, A., & Feinberg, M. (2016). Typologies of post-divorce coparenting and parental well-being, parenting quality and children's psychological adjustment. *Child Psychiatry & Human Development*, 47(5), 716-728.

Leccardi, C. (2010). Juventud, el cambio social y la familia. De una cultura “de protección” a una cultura “de negociación”. *Revista de Estudios de Juventud*, 90, 33-42.

Lima Rodríguez, J. S., Lima Serrano, M., Jiménez Picón, N., y Domínguez Sánchez, I. (2012). Consistencia interna y validez de un cuestionario para medir la autopercepción del estado de salud familiar. *Revista Española de Salud Pública*, 86(5), 509-521.

López-Larrosa, S. (2009). El sistema familiar ante el divorcio: factores de riesgo y protección y programas de intervención. *Cultura y Educación*, 21, 391-402.
<https://doi.org/10.1174/113564009790002436>

Louro Bernal, I. (2003). La familia en la determinación de la salud. *Revista Cubana de Salud Pública*, 29(1), 48-51.

Martínez-Pampliega, A., Aguado, V., Corral, S., Cormenzana, S., Merino, L., y Iriarte, L. (2015). Protecting children after a divorce: Efficacy of Egokitzen—An intervention program for parents on children's adjustment. *Journal of Child and Family Studies*, 24(12), 3782-3792.

Martínez, C., y Elena, J. (2017). La vulneración del principio del interés superior del niño y la custodia compartida de los hijos en situaciones de crisis familiar (Doctoral dissertation, Quito: Universidad de Los Hemisferios, 2017).

Martinón, J. M., Fariña, F., Corras, T., Seijo, D., Souto, A., y Novo, M. (2017). Impacto de la ruptura de los progenitores en el estado de salud física de los hijos. *European Journal of Education and Psychology*, 10(1), 9-14.

McLanahan, S., y Sandefur, G. (1994). Growing up with a single parent: What hurts, what helps, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

McLeod, Jane D. (1991). Childhood Parental Loss and Adult Depression. *Journal of Health and Social Behavior*, 33, 205-20.

Morla Boloña, R., Saad de Janon, E., y Saad, J. (2006). Depresión en adolescentes y desestructuración familiar en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. *Revista colombiana de psiquiatría*, 35(2).

Musitu G. Socialización familiar y valores en el adolescente: un análisis intercultural. *Anu Psicol.* 2000; 31 (2): 15-32.

Núñez Mederos, C. S., Pérez Cernuda, C., y Castro Peraza, M. (2017). Consecuencias del divorcio-separación en niños de edad escolar y actitudes asumidas por los padres. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 33(3), 296-309.

Pardo, A., & San Martín, R. (1994). *Análisis de datos en psicología II*. Pirámide.

Petit C (1986). El diálogo entre padres e hijos: cómo comprender y superar los conflictos. Barcelona: Martínez Roca.

Ramírez, A. M. (2004). Conflictos entre Padres y Desarrollo de los Hijos. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 11(34).

Rodríguez Jaime, M. J., y Martín Moreno, J. (2008). Hogares y familias. Household and families. *Sociedad y utopía*, 31, 85-106. Recuperado de [http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/7332/1/M%C2%AA_Jose%CC%81_RJ_y_Jaime_MM_HOGARES_Y_FAMILIAS\[1\].pdf](http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/7332/1/M%C2%AA_Jose%CC%81_RJ_y_Jaime_MM_HOGARES_Y_FAMILIAS[1].pdf)

Roizblatt, S., Leiva, F., Valentina, M., Maida, S., y Margarita, A. (2018). Separación o divorcio de los padres. Consecuencias en los hijos y recomendaciones a los padres y pediatras. *Revista chilena de pediatría*, 89(2), 166-172.

Rondón, M. B. (2015). Salud mental y aborto terapéutico. In *Anales de la Facultad de Medicina*, 76 (4), 407-411. UNMSM. Facultad de Medicina.

Seijo, D., Novo, M., Carracedo, S., y Fariña, F. (2010). Efectos de la ruptura de los progenitores en la salud física y psicoemocional de los hijos. *Revista Galega de Cooperación Científica Iberoamericana*, 19, 16-21.

Seijo, M., Fariña, F., Corrás, T., Novo, M. y Arce, R. (2016). Estimating the epidemiology and quantifying the damages of parental separation in children and adolescents. *Frontiers in Psychology*, 7, 1611. Recuperado de : <http://dx.doi.org/10.1111/fcre.12014>.

Shaw, D. S. (1991). The effects of divorce on children's adjustment: Review and implications. *Behavior Modification*, 15(4), 456-485.

Testor, C. P., Pujol, M. D., Vidal, C. V., y Alegret, I. A. (2009). El divorcio: una aproximación psicológica. *Universidad Ramon Llull*, 2, 39-46.

Valdivia Sánchez, C. (2008). La familia: concepto, cambios y nuevos modelos. *La Revue du REDIF*, 1, 15-22.

Vallejo Orellana, R., Sánchez-Barranco Vallejo, F., y Sánchez-Barranco Vallejo, P. (2004). Separación o divorcio: trastornos psicológicos en los padres y los hijos. *Revista de la asociación española de neuropsiquiatría*, (92), 91-110.

Vilagut, G., Ferrer, M., Rajmil, L., Rebollo, P., Permanyer-Miralda, G., Quintana, J. M., y Alonso, J. (2005). El cuestionario de salud SF-36 español: una década de experiencia y nuevos desarrollos. *Gaceta sanitaria*, 19(2), 135-150.

Viqueira-Gutiérrez, L., y López-Larrosa, S. (2017). Estrés y Satisfacción Familiar en estudiantes universitarios: ¿afecta el divorcio parental?. *Revista de estudios e investigación en psicología y educación*, 4(1), 58-63.

Wallerstein, J.S y Blakelee, S. (1989). *Second chances: Men, women and children a decade after divorce*, Boston, Mass., Houghton Mifflin.

Wallerstein, J.S. y Kelly, J.B. (1980), *Surviving the break up: How children and parents cope with divorce*, New York, *Basic Books*.

Wallerstein, J.S., y Lewis, J.M (2004). The unexpected legacy of divorce. Report of a 25 year Study, *Psychoanalytic Psychology*, 21 (3), 353-370.

Wauterickx, N., Gouwy, A., & Bracke, P. (2006). Parental divorce and depression: long-term effects on adult children. *Journal of Divorce & Remarriage*, 45(3-4), 43-68.